

CAPITULO III.

LA IGUALDAD.

§ I.—La desigualdad del mundo antiguo y la igualdad cristiana.

La desigualdad reinaba en el mundo antiguo por todas partes. Los pueblos se consideraban cada uno como una raza elegida. En Oriente, donde dominaba el espíritu teocrático, se hacía remontar la division al Creador; sólo la casta privilegiada participaba de los derechos del hombre; las demas castas, lo mismo que los extranjeros, eran seres más ó ménos impuros. En el mundo occidental la oposicion tomó un carácter más político. Los Griegos despreciaban á los Bárbaros; creíanse nacidos para imponerles leyes en virtud de su superioridad intelectual; los Romanos, fuera de Roma, no veían más que enemigos. La desigualdad no se limitaba á las relaciones internacionales. En la ciudad se producía bajo la forma más irritante: la esclavitud. Los mismos hombres libres no eran iguales: el patricio se creía de una naturaleza diferente de la del plebeyo; el rico explotaba al pobre; la miseria formaba los mercados de esclavos. Hasta en el seno de la familia, donde el amor debería ser el principio de la igualdad, la fuerza personificada en el hombre reducía á la mujer y á los hijos á una condicion que apenas difería de la servidumbre.

En presencia de semejante desbordamiento de desigualdad, ¿concebieron los filósofos el ideal de un mundo mejor? Erigieron el hecho universal en derecho; hicieron de la desigualdad

una ley natural. Aristóteles justifica la esclavitud; aconseja á Alejandro que marche contra los Persas. Platon conserva la separacion del género humano en Griegos y Bárbaros, los unos nacidos para mandar y los otros para obedecer. La filosofía permaneció imbuida en este genio aristocrático. La desigualdad parecía irremediable.

Sin embargo, ya en la antigüedad comienza el movimiento hácia la igualdad. El Occidente rompe la casta, trata de organizar la igualdad en el seno de la aristocracia de los hombres libres. Moises rechaza la servidumbre entre los Hebreos; Platon no quiere que un Griego sea esclavo de otro Griego. La esclavitud no es, pues, una ley divina, la igualdad debe reinar entre hermanos. Extender la fraternidad del ciudadano al hombre, romper la esclavitud, reemplazar la fuerza y la desigualdad por la caridad y el derecho: tal ha sido la obra de los dos mil años que nos separan del mundo antiguo. La humanidad reconocida ha atribuido el beneficio de esta revolucion á la predicacion evangélica. A decir verdad, el cristianismo no es más que un eslabon en la cadena de los siglos; continúa la obra de la antigüedad. Jesucristo viene á llenar en el mundo occidental la mision que Boudha habia cumplido en el Oriente; predica la igualdad religiosa; pero será menester un trabajo secular y un concurso de influencias, muchas veces extrañas, otras hostiles á la religion cristiana, para desarrollar este gérmen, para traducir un dogma religioso en instituciones civiles y políticas.

§ II.—La igualdad religiosa.

La igualdad religiosa es una consecuencia necesaria de la mision de Jesucristo. Es el Redentor del género humano; en este momento caen todas las barreras entre los pueblos y los individuos; la humanidad no forma ya más que un solo cuerpo. Oigamos á *San Pablo*: «El cuerpo no es más que uno, á pesar de tener varios miembros, y todos los miembros de este solo cuerpo, áun cuando sean varios, no forman más que un solo cuerpo: lo mismo

sucede con Cristo. Porque todos hemos sido bautizados en un mismo Espíritu para no ser más que un solo cuerpo, sea Judíos, sea Griegos, sea esclavos, sea libres» (1).

Para establecer esta igualdad era preciso rehabilitar las clases sobre las que pesaba la desigualdad antigua como una reprobación. He aquí por qué Jesucristo se dirigió con preferencia á aquellos á quienes el mundo habia desheredado, á los pobres, á las mujeres, á los niños. Cuando sus discípulos llevaron el Evangelio á las naciones, se les vió, con grande escándalo de los paganos, conversar con hombres á quienes el orgullo de los filósofos condenaba á una existencia material (2). El cristianismo proclama la igualdad de todos ante Dios, y la consagra en uno de sus sacramentos más esenciales, la comunión. «Siendo varios, dice el Apóstol de los Gentiles, no somos, sin embargo, más que un solo pan, un solo cuerpo; porque todos tenemos una parte del mismo pan» (3). «Comprended, exclama San Agustín, y regocijaos; todos no somos más que uno; uno en verdad, en caridad, un pan, un cuerpo» (4). Si el mundo hubiese comprendido la trascendencia de la *buena nueva*, hubiera debido recibirla con júbilo como la aurora de un porvenir mejor. Todos aquellos á quienes la antigüedad despreciaba y oprimía son llamados al banquete de la vida; allí el esclavo encuentra un lugar junto á los dominadores del universo, los pobres de espíritu y de cuerpo no son excluidos de la mesa santa; todos son hijos de Dios: no hay ya ni primeros ni últimos. Sin embargo, la *buena nueva* no fué recibida con el entusiasmo que trasportaba á San Agustín. Y es que la igualdad que anunciaba, no debiendo realizarse más que en el otro mundo, tenía poco atractivo para los desgraciados que gemían bajo el peso

(1) PABLO, I, *Corinth.*, XII, 12, 13.—C. EUSEB., *Praepar. Evang.*, I, 1, p. 3.

(2) Los paganos criticaban sin cesar á los cristianos por que se dirigian exclusivamente á las clases pobres y no ilustradas. Los apologistas hacen gala de esta acusacion (TATIAN., c. *Graec.*, c. 33.—JUSTIN., *Apolog.*, II, 10.—ATHENAG., *Legat. pro Christ.*, c. 11.—CLEMENT. ALEX., *Strom.*, IV, 8, p. 590).

(3) PABLO, I, *Corinth.*, X, 17.

(4) AUGUSTIN., in *Joann. Evang.*, XXVI, 13: «O sacramentum pietatis! o signum unitatis! o vinculum charitatis!»—*Serm.* 57, § 7: «Virtus enim ipsa que ibi (in Eucharistia) intelligitur unitas est, ut redacti in corpus ejus, effecti membra ejus, simul quod accipimus.»

de la desigualdad material. Aún en el dominio espiritual la doctrina evangélica halló una oposicion contra la cual luchó en vano; la victoria estaba reservada al porvenir.

Hay, al lado de la necesidad de igualdad, un sentimiento tambien legítimo que llama á las superioridades intelectuales á la direccion de las cosas humanas. Cuando en lugar de conciliar estas tendencias se les concede un imperio exclusivo, se llega á la anarquía ó al despotismo. En la antigüedad, dominando la fuerza por todas partes, se reconoció igualmente á la razon el derecho de dominar. De ahí el orgullo filosófico que dividia á la humanidad en dos partes desiguales: unos, el menor número, los únicos capaces de comprender la verdad; otros, la inmensa mayoría del género humano, condenados al error. Jesucristo reobró con violencia contra este espíritu aristocrático: humilde de corazón, predicó una virtud desconocida de los antiguos: la humildad (1). La razon providencial le llevó á dirigirse á los pescadores y no á los hombres de ciencia. Este es el sentido profundo de estas palabras que debieron parecer extrañas á los filósofos: ¡*Bienaventurados los pobres de espíritu!* Los pobres de espíritu van, pues, tambien á ser iniciados en la verdad, ocuparán un lugar al lado de los filósofos; la humildad es colocada por cima del orgullo de la ciencia.

La igualdad espiritual de los hombres llevaba en sí el germen de una revolucion fundamental. Las castas fueron el punto de partida de la humanidad; el Occidente se desprendió de estos lazos, pero quedó, no sólo en las teocracias, sino tambien entre los filósofos, la conviccion de que está reservado á algunas inteligencias privilegiadas, sean sacerdotes, sean sabios, el guiar á la especie humana por el camino de la verdad. Solamente Moises, entre los legisladores antiguos, tiene aspiraciones más elevadas: hubiera deseado que todos los Hebreos fuesen un pueblo de profetas, una raza santa (2). Jesucristo trató de realizar aquellas atrevidas esperanzas; su predicacion se resume en una ley de amor; ahora bien, ¿no puede todo hombre amar á Dios y á su prójimo sin la

(1) MATEO, XI, 29. AUGUSTIN., in *Psal.*, XXXI, § 18: «Via Humilitatis inijus alimnde non manat, à Christo venit.... Quid aliud docuit nisi hanc humilitatem?»

(2) Véase el tomo I de mis *Estudios*.

intervencion de un colegio de sacerdotes? *San Pablo* formuló la enseñanza de *Jesus* en sistema teológico. Cristo es el Redentor universal; todos los hombres son los órganos de Dios, todos están inspirados por el mismo Espíritu, todos son, pues, igualmente santos, todos son sacerdotes (1).

La igualdad religiosa reinó en las primeras comunidades cristianas (2), pero no pudo mantenerse, no había llegado aún su tiempo. Era imposible pasar súbitamente del régimen de una profunda desigualdad á la igualdad absoluta. La inmensa mayoría de los hombres habían sido retenidos en una tutela que no pensaba más que en prolongar indefinidamente su menor edad: era precisa una larga educacion ántes que se pudiese emanciparlos. Hé aquí por qué reapareció la desigualdad antigua. Dios y la religion vinieron á ser de esta suerte patrimonio exclusivo de los clérigos (3); el cuerpo de los cristianos fué relegado á una condicion inferior bajo el nombre de *pueblo* (4). Esta separacion destruyó la igualdad religiosa en su principio. El sacerdote cristiano fué un intermediario necesario entre Dios y los hombres, del mismo modo que el sacerdocio en las teocracias; la ordenacion le confirió un carácter sagrado que le elevaba por encima del resto de los fieles y le igualaba con los reyes (5). Poco faltó para que el cristianismo volviese á la division de las castas. La religion dejó de ser una ley de amor para formularse en un dogma, cuyo conocimiento es el privilegio de una corporacion sacerdotal; la generalidad de los

(1) PABLO, *Rom.* XII, 2, 3.—NEANDER, *Geschichte der Pflanzung der christlichen Religion durch die Apostel*, t. I, p. 132; ID., *Geschichte der christlichen Religion*, t. I, p. 306.

(2) IRENAEUS, IV, 20: «Omnes enim justí sacerdotalem habent ordinem.» — TERTULLIAN., *De exhort. castit.*, c. 7: «Nonne et laici sacerdotes sumus?»

(3) De aquí el nombre de *clerici*, clérigos, clero, κληρος, es decir, κληρος του θεου. JERÓNIMO dice: «Propterea vocantur clerici, vel quia de sorte sunt Domini, vel quia ipse Dominus sors, i. e. pars clericorum est» (*Hieron.*, Ep. 34, de vita clericorum, t. IV, p. 2, p. 259). En el siglo IV el clero se apropió el nombre de cristianos y de cristiandad (DUFRESNE, *Glossar.*, V. *Christiani* y *Christianitas*).

(4) *Laicos* de λαός, plebe, λαϊκοί. La palabra λαός se emplea generalmente para designar á los Judios por oposicion á los Levitas (II CHRON. XXXVI, 14, LUC., I, 10.—GIESELER, *Kirchen Geschichte*, t. I, § 52).

(5) CHRYSOST., *Esposit. in Psalm.* 113: οὐ γὰρ ἔστιν ἴσον ἱερεὺς καὶ ἰδιώτης. ἅλλ' ἔχει τι πλεον οὗτος.

hombres no participó de la verdad más que por una recepcion puramente pasiva de las enseñanzas del clero: no faltaba más que el carácter hereditario para reproducir el régimen de la India. A pesar de esta desviacion del espíritu evangélico, el principio de la igualdad religiosa presentado por Moises, revelado por Jesucristo, no perecerá jamas.

Habia en la predicacion evangélica otro principio que el de la caridad, la fe en Cristo, Mesías, Salvador ó Redentor. Cuando la Iglesia se constituyó fué naturalmente la depositaria de la fe: de aquí la jerarquía y sus abusos. La Reforma libró á la fe de estas trabas; proclamó que los fieles se unian á Dios por Cristo, Mediador único, lo cual hacía inútil la mediacion de la Iglesia. Será menester todavía un último progreso para realizar el ideal de la igualdad religiosa, en cuanto puede realizarse; y es que todo hombre, cristiano ó no cristiano, se una directamente con Dios por el lazo que une la criatura al Creador. Entónces todo hombre será sacerdote en el sentido de que todo hombre podrá alcanzar su salvacion sin necesidad de una Iglesia ni de una revelacion cualquiera.

Hay todavía otro vicio en la igualdad religiosa, tal cual la conciben los cristianos. El cristianismo mutila al hombre; en su espiritualismo desordenado, no considera para nada el cuerpo ni las necesidades materiales de nuestra existencia; constituyendo el hombre solamente el alma, proclama la igualdad ante Dios, sin preocuparse de la fuerza bruta que reina sobre la tierra. Falseando así la naturaleza humana, se pone en la imposibilidad de realizar ni aún la igualdad religiosa; vuelve á caer en los excesos del estoicismo. Los Estoicos no pensaban en emancipar á los esclavos, en establecer la igualdad y la armonía en el mundo; para ellos la libertad era la emancipacion de toda pasion; esta libertad podian tenerla el esclavo en sus cadenas, el pobre en su miseria. Pero su doctrina quedó concentrada en los estrechos límites de una secta filosófica; como no se preocupaban del estado social, quedaron sin accion sobre la sociedad. El cristianismo, limitando su imperio á las almas, dejando el mundo á César, corria el riesgo de conducir á la impotencia del Pórtico. Felizmente no presidió solamente el cristianismo á los destinos de la humanidad; Dios envió las razas germánicas para completarlo y para corregir sus desvíos. Bajo la in-

fluencia exclusiva de la religion cristiana, el mundo occidental hubiera sido semejante al Oriente buddhista, entregado á la inaccion, á una estéril contemplacion de la otra vida, mientras que abandona este mundo á los caprichos de la fuerza. Si la Europa no ha sido la imágen de la India lo debe al genio activo y libre de los hombres del Norte. Gracias á los Germanos, la desigualdad antigua deja paso insensiblemente á un régimen que tiende á organizar sobre la tierra la igualdad que los primeros cristianos colocaban en el cielo. Tratemos de precisar la parte que corresponde al cristianismo en este inmenso movimiento.

§ III.—El hombre y la mujer.

Platon, queriendo establecer la unidad y la igualdad entre los miembros de su ciudad ideal, concibió en un delirio de lógica la idea de la comunidad de mujeres. Los Padres de la Iglesia censuran vivamente un error que destruye la sociedad en su fundamento: esta abominable concepcion, dice *Chrysóstomo*, no ha podido serle sugerida más que por el demonio (1). En verdad el error del gran filósofo sería inconcebible si no se tuviese en cuenta el estado social de la antigüedad. La mujer era considerada como un sér inferior al hombre por su naturaleza; veíase en ella algo de incompleto, de monstruoso. Solamente Moises le asignó un papel más elevado: entre los Judíos es la compañera del hombre: el matrimonio es una institucion moral. Sin embargo, aún en el mosaismo no es reconocida la igualdad de los dos sexos; el hombre contra á la mujer y la despide casi á su voluntad: la fuerza domina siempre á la debilidad (2).

El mito de la creacion contenia un gérmen de desigualdad para la mujer; del mosaismo pasó á la doctrina cristiana. «Adan, dice *San Pablo*, fué creado el primero, despues Eva. El hombre es la

(1) CHRYSOST. *Homil. v. in epist. ad Titum*, t. XI, p. 763, D.—C. THEODORET. *Serm. IX, adv. Græc.*, t. IV, p. 615 y sig.—LACTANT., *Divin. Instit.*, III, 21, 22.

(2) SAALSCHÜTZ, *Das Mosaische Recht*, t. II, p. 725.—EWALD, *Geschichte des Volks Israel*, t. II, *Anhang*, p. 188.—MUNK, *la Palestina*, p. 201 y sig., 375.

imágen y la gloria de Dios; la mujer es la gloria del hombre; en efecto, el hombre no ha sido formado del hombre, pero la mujer ha sido formada del hombre, y el hombre no ha sido creado para la mujer, sino que la mujer ha sido creada para el hombre» (1). Una consecuencia evidente de esta creencia es que el hombre es el señor de la creacion, como representante de la divinidad, al paso que la mujer ha nacido sometida (2). Habia en ella un principio de desigualdad original lo mismo que en las castas; prestábase á las mismas aberraciones en que habia caido la antigüedad, y no dejaron de producirse en la Edad Media. En el concilio de Maçon (585) un obispo suscitó formalmente la cuestion de saber si la mujer era realmente hombre, si pertenecía á la humanidad, y se decidió por la negativa (3).

El mito del pecado original era otro obstáculo al reconocimiento de la igualdad de la mujer. «No fué Adan el seducido, dice el apóstol de los gentiles, sino que seducida la mujer fué la causa de la trasgresion» (4). La importancia que adquirió el pecado original en la doctrina cristiana reobró sobre la condicion de la mujer. Se le mandó velar la cabeza, en señal de la sujecion en que habia caido como consecuencia de su falta (5). Los Padres de la Iglesia no le escasearon las maldiciones: «¡Mujer, exclama *Tertuliano* (6), tú deberias estar siempre vestida de luto y de harapos, y no ofrecer á las miradas más que una penitente que trata de redimir por sus lágrimas la falta de haber perdido al género humano!

(1) PABLO, I, *Timoth. II*, 13.—I, *Corinth. XI*, 7-9.

(2) AUGUSTIN., *Quæst. ceteris et novi Testam.*, c. 106: «*Haec imago Dei est in homine, ut unus factus sit quasi dominus, ex quo ceteri orientur, habens imperium Dei, quasi vicarius ejus, quia omnis rex habet Dei imaginem, ideoque mulier non est facta ad imaginem Dei.*»—Este pasaje está tomado de un tratado que no es de Agustín, pero que ha sido insertado en el *Decreto de Graciano*, *Causa XXXIII, Quæst. v*, 33.

(3) GREGOR. TURON., VIII, 20.

(4) PABLO, I, *Timoth. II*, 14.

(5) AMBROS., *Super primam epist. ad Corinth.*, c. 2: «*Ut ostendatur subjecta, et quia prævaricatio per illam inchoata est.*» El pasaje está reproducido en el *Decreto de Graciano*, *Causa XXXIII, Quæst. v*, c. 19.—CHRYSOSTOMO dice que antes de la caída, la mujer era igual al hombre. Pero una consecuencia del pecado fué la sumision de la mujer al hombre ó lo que él llama su esclavitud. *In Genesem*, *Serm. IV*, p. 659;—*in epist. I, ad Corinth.*, *Homil.*, 26 (t. X, p. 230).

(6) TERTULLIAN., *De habitu muliebri*, c. 1.

¡Mujer, tú eres la puerta del demonio! ¡Tú eres la que ha quebrantado el sello del árbol prohibido; tú has sido la primera que ha violado la ley divina; tú quien ha corrompido á aquel á quien Satanás no se atrevía á atacar frente á frente; tú, en fin, la causa de que Jesucristo haya muerto.» «La mujer es, dice *Jerónimo* (1), la fuente de todos los males, puesto que por ella ha tenido la muerte entrada en el mundo.» El espiritualismo exagerado de los cristianos aumentó la especie de horror que los más fervorosos sentían hácia la tentadora del hombre. Los Santos Padres se preguntaron si al tiempo de la resurrección renacería la mujer con las señales de su sexo; los más notables se decidieron por una transformación (2).

Sin embargo, el principio de la unidad de la creación triunfó: aun reprobando á la mujer, aun sujetándola al hombre, se reconoció que no es ménos perfecta en su género que el hombre (3). El sentimiento moral fué el que empezó la emancipación de la mujer. El paganismo establecía una diferencia entre los deberes de los dos sexos: «Dejaba rienda suelta á las pasiones del hombre, al cual permitía el desenfreno, mientras lo castigaba en la mujer. Entre nosotros, dice *Jerónimo*, lo que está ordenado á las mujeres está ordenado á los hombres; en condiciones iguales la obligación es igual» (4). La igualdad de los deberes implica la igualdad de los derechos. Este es el principio de un nuevo orden de cosas: se manifiesta en la idea cristiana del matrimonio. Si *San Pablo* predica la sumisión á las mujeres, porque el marido es el jefe de la mujer, como Jesucristo es el jefe de la Iglesia, dice por otra parte á los hombres que amen á sus mujeres, como Jesucristo ha amado á la Iglesia y se ha sacrificado por ella: los esposos no deben formar, pues, más que una sola carne (5). El poder del hombre no impi-

(1) HIERONYM., *Commentar. in Ecclesiast.* (Op., t. II, p. 756).

(2) ORIG., *in Matth.*, XXIII, 30.—HILAR., *in Matth.*, XXIII, 4.—BASIL., *in Psalm.* CXIV.

(3) «Non est vitium sexus femineus, sed natura», dice SAN AGUSTIN, *De Civ. Dei*, XXII, 17.—C. TERTULL., *De Resur. carnis*, 60, 61.

(4) HIERONYM., *epist.* 81 de morte *Fabiolæ* (t. IV, p. II, p. 658).—CHRYSOST., *Homil.*, *in illud, Propter fornicationes uxorem*: πολλή γὰρ ἐνταῦθα ἡ ἰσοτιμία (Op., t. III, p. 199, B).

(5) PABLO, *Ephes.*, v, 22-31.

de la unidad (1), y donde hay unidad debe haber igualdad. ¿Cuál debe ser esta igualdad? Platón se engañó en sus aspiraciones hácia la unidad, hasta el punto de querer transformar la mujer en hombre. La verdadera igualdad tiene en cuenta la diversidad de facultades y de vocaciones. Tal es la doctrina enseñada por *Clemente de Alejandría* (2): contesta á las falsas teorías nacidas en nuestros días: «Hay igualdad completa entre el hombre y la mujer, como criaturas humanas; los dos sexos tienen la misma naturaleza, y, por consiguiente, la misma virtud. ¿Se deduce de aquí que el destino de la mujer sea el mismo que el del hombre? Su organización física prueba lo contrario. Pero la diferencia de vocación no impide la igualdad.»

Así la igualdad de los dos sexos triunfa de las preocupaciones y de los errores, herencia del mosaísmo ó fruto del espiritualismo cristiano. El cristianismo da principio á la emancipación de las mujeres del materialismo antiguo: éstas ocupan un lugar en la sociedad. Se las ve interesarse en la predicación de Cristo, le rodean de cuidados, le siguen en sus viajes. Comprendemos el entusiasmo que les inspiraba el que les decía: «Mucho le será perdonado, porque ha amado mucho.» Con los apóstoles van también mujeres que participan de las funciones religiosas: bautizan, profetizan, difunden el Evangelio. Conquistán la igualdad sobre el campo de batalla de los mártires (3); aquellos seres á quienes la legislación romana retenía en perpétua tutela á causa de la debilidad de su razón, á quienes nuestras leyes declaran aún incapaces

(1) TERTULLIAN., *ad Uxor.*, II, 8: «Duo in carne una. Ubi caro una, unus et spiritus.»—CHRYSOST., *in epist. ad Colos.*, *Homil.*, XII (t. XI, p. 419, B): γυνή γὰρ καὶ ἀνὴρ οὐκ εἰσὶν ἄνθρωποι δύο, ἀλλ' ἄνθρωπος εἷς.

(2) CLEMENT. ALEX., *Strom.* IV, 8, p. 590; PAEDAGOG., I, 4.—C. BASIL., *in Psalm.* I (Op., t. I, p. 92).—GREGOR. NAZIANZ., *Orat.*, XXXI (Op., t. I, p. 500).

(3) Uno de los martirios más conmovedores es el de una joven esclava, SANTA BLANDINA, cansó la rabia de los verdugos; despues de haber sufrido los azotes, las fieras, la caja de hierro candente, marchó á la muerte «como al festín de las bodas, como al lecho nupcial.» Escuchemos la narración de los cristianos de Lyon: «Todos temblábamos, y su señora, segun el mundo, que se contaba en el número de las mártires, temía, como nosotros, por lo delicado de su cuerpo, que no tuviese fuerzas para sostener constantemente que era cristiana. Pero fué de un valor tan invencible, que los verdugos, despues de haberse relevado desde la mañana hasta la tarde, se vieron obligados á confesar que quedaban vencidos»... (Carta de las Iglesias de Lyon y de Viena en EUSEBIO, *Hist. Ecles.*, v, 1)